

La tristeza y
el dolor
de la muerte,

la confianza
en la vida de
Dios



La muerte de las personas
que tenemos cerca
se nos lleva un pedazo
de nosotros mismos.
La muerte nos rompe.

Da igual que sea la muerte
de alguien ya mayor
que ha podido vivir una larga vida,
o la muerte ya tristemente
esperada de un enfermo,
o la súbita muerte
que agrede de repente,
sin avisar.

Siempre,
cuando muere alguien cercano,
alguien a quien amamos,
perdemos un pedazo
de nuestra vida misma.

Ninguno, ninguna, de nosotros
vivimos solos.

Nuestra vida está hecha también
de la vida de los demás.

Gracias a los demás,
más cercanos o más lejanos,
somos lo que somos,
y sin ellos muy poca cosa seríamos;
sobre todo,
gracias a los que más cerca
tenemos,



aquellos con quien más hemos compartido,
aquellos a quien más hemos querido.
Ellos forman parte de nosotros.
Y esto es una gran alegría,
que debemos saber aprovechar tanto como seamos capaces,
todos los días de nuestra existencia.
Pero esto es también un gran dolor,
un gran vacío,
cuando la muerte se nos lleva a alguien a quien queremos.

Y nos preguntamos:
¿Qué vamos a hacer,
cómo podemos vivir
esta realidad tan dolorosa?



Queridos amigos, queridas amigas:

Ponemos en vuestras manos este sencillo cuaderno, que quiere ser un instrumento más para acercarnos a vosotros en una circunstancia tan especial y tan importante en vuestras vidas. La pérdida de un ser querido es ciertamente una experiencia profunda e hiriente: además de los sentimientos lógicos de tristeza y dolor, levanta no pocos interrogantes sobre nuestra existencia.

La Iglesia es el Pueblo que procura vivir la fe en el Dios de la vida. La fe en el Dios que resucitó a Jesucristo, rescatándolo de la muerte más vergonzosa e injusta, a fin que todos nosotros, por la fe en él, también podamos resucitar. Por eso los cristianos consideramos que el mejor regalo que podemos ofrecer al mundo es estar cerca de los que sufren, por cualquier motivo, para anunciar el amor de Dios Padre para con todos, particularmente para con aquel que nos ha dejado, y contagiar esta esperanza. Es con esta esperanza que podemos continuar viviendo, luchando cada día, gozando del bien y de la belleza, sirviendo por amor sin caer en el desánimo y sin perder la alegría más profunda.

Nos sentimos servidores y testimonios de la esperanza. Contad, pues, con el apoyo y la plegaria de nuestra diócesis y de toda la Iglesia.

Dios quiera que estas páginas os sirvan de ayuda para rezar, para recuperar la paz, para conservar la mirada que descubre las bendiciones de Dios y, sobre todo, para reafirmar la convicción de que la existencia, tanto de los que ya nos han dejado como la nuestra propia, sigue estando en manos del Dios que nos ama.

Que la paz de Dios esté con vosotros.

† Agustí
Bisbe

† Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat



UNOS MOMENTOS DE ORACIÓN

Puede parecer inútil. O muy difícil. Puede parecer que cuando se nos ha muerto una persona querida no podemos hacer nada, no estamos en condiciones de hacer nada.

Y en cambio, seguro que nos va bien, que nos ayuda, tener cerca a personas que nos acompañen, que estén a nuestro lado aunque no nos digan nada, que solamente nos abracen o tengan nuestra mano entre las suyas un rato. Pues del mismo modo, y más todavía, nos conforta en estos momentos dolorosos vivir la compañía de Dios mediante la oración. Él está aquí, cerca de nosotros. Solamente debemos buscar unos momentos para estar con él.

Aquí ofrecemos unos textos de oración, que podemos utilizar individualmente leyéndolos poco a poco.

O que también podemos usar reuniéndonos en familia, o con un grupo de familiares y amigos en el tanatorio... Para facilitar este uso comunitario, vamos señalando lo que dice un lector, que es quien dirige la oración, y lo que dicen los restantes participantes a la vez. Si se prefiere, sin embargo, se puede hacer de forma más sencilla, suprimiendo alguna o algunas partes de la oración. Igualmente, si se desea, se puede intercalar algún canto.



También se puede utilizar esta oración, o alguna de sus partes, en el momento del entierro en el cementerio.

Después de los textos de oración, se encuentran algunas reflexiones que pueden ser una ayuda en estos momentos dolorosos. Unas reflexiones que nos hablan del sentido de la muerte para un cristiano, de nuestra esperanza en la vida eterna, de la fortaleza y el coraje que vale la pena tener para continuar adelante.

Y también quisiéramos recordar aquí la posibilidad, si se estima conveniente, de ir a la propia parroquia a pedir celebrar una misa, el día en que sea oportuno, rezando por el difunto.

Lector: Comencemos diciendo juntos un salmo que manifiesta nuestra confianza en Dios. Él es nuestro pastor, que no permite que nos perdamos, que vela por nosotros, que nos invita a la mesa de su Reino. Digamos todos juntos:

Todos:

El Señor es mi pastor,
nada me falta.
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine
por cañadas oscuras,
nada temo,
porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia
me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Lector: Escuchemos ahora unas palabras de Jesús.

- Dice Jesús: "El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna" (Jn 4,14).
- Dice Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre" (Jn 11,25-26).
- Dice Jesús: "Creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros" (Jn 14,1-3).



- Dice Jesús: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé" (Jn 15,16).
- Dice Jesús: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera" (Mt 11,28-30).

Siguen unos momentos de silencio.



Lector: Padre, recibe a tu hijo (a tu hija)..... en el Reino de la luz y de la paz. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, muéstrale tu rostro y sálvale. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, concédele la alegría y la vida que nunca se acaba. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, haz que sienta la alegría más plena y la felicidad más profunda. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, libéralo (la) para siempre de todo dolor, de toda pena, de todo mal. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, hazlo (la) caminar por la gozosa novedad de tu amor. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, llénalo (la) de todas las ilusiones que lo (la) guiaron en el camino de la vida. Oremos:

Todos: Escúchanos, Padre.

Lector: Padre, haz que comparta para siempre la resurrección de Jesucristo y la vida nueva del Espíritu. Oremos:



Lector: Digamos ahora juntos la oración de los hijos e hijas de Dios, el Padrenuestro:

Todos:

Padre nuestro,
que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra
como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas
como también nosotros
perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

También se puede añadir, si se desea, una oración a la Virgen María, como el Ave María o la Salve. Y se termina con la oración final:

Lector (si quien ha muerto es un hombre):

Te pedimos, Padre de bondad, que acojas nuestra oración por nuestro hermano.....
Que participe de la alegría eterna que tú quieres para todos. Tú, que lo creaste a tu imagen y que lo amas como hijo, haz que ahora viva en la felicidad de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Lector: Dale, Señor, el descanso eterno.

Todos: Y brille sobre él la luz eterna.

Lector (si quien ha muerto es una mujer):

Te pedimos, Padre de bondad, que acojas nuestra oración por nuestra hermana.....
Que participe de la alegría eterna que tú quieres para todos. Tú, que la creaste a tu imagen y que la amas como hija, haz que ahora viva en la felicidad de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Lector: Dale, Señor, el descanso eterno.

Todos: Y brille sobre ella la luz eterna.



LA ESPERANZA DE LA VIDA ETERNA

Nosotros creemos que el último horizonte de la vida humana no es la muerte, no es la nada. Sino que es encontrarse con Dios, con la Vida plena de Dios, con su Amor sin fronteras.

Ante la muerte, lo mejor que podemos hacer es mirar hacia Jesús. Él fue fiel al amor de Dios hasta morir en una cruz. Y nosotros, al contemplarlo allí clavado, nos sentimos llamados a afirmar, con toda la fe, que aquella vida tan valiosa no quedó definitivamente destruida. Nosotros afirmamos que Jesús vive por siempre, en la vida plena y eterna de Dios. Y como él, también nosotros esperamos vivir esta vida.

Ciertamente no sabemos cómo será, esta vida que esperamos. Pero sí sabemos que, si caminamos por este mundo unidos a Jesús, y con ganas de amar como él amó, estamos llamados a compartir esta vida suya. Nuestra fe es ésta: que, más allá de este mundo, cada uno de nosotros, nuestra misma persona, continuaremos viviendo, pero en otra vida diferente, en la que no habrá ni dolor ni mal ni muerte. Viviremos la vida de Jesús, la vida de Dios.



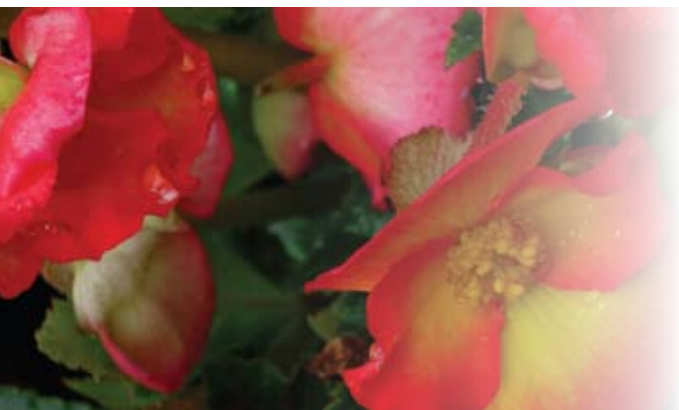
EL AGUA, LA LUZ, LA VIDA

Nosotros, un día, empezamos a formar parte de la comunidad de los seguidores de Jesús. Fue el día de nuestro bautismo. La mayoría lo recibimos de pequeños, sin tener ninguna conciencia de ello; otros, en cambio, de mayores. Pero tanto a unos como a otros, aquella agua nos hizo nacer de nuevo, nos unió a Jesús muerto y resucitado, nos dio la vida de hijos de Dios. Y esta vida no se acaba nunca.

El día de nuestro bautismo, allí, junto al agua en la que teníamos que ser bautizados, había un cirio encendido. Era el cirio pascual, el cirio que cada año encendemos la noche de Pascua para simbolizar a Cristo resucitado. De aquel cirio se encendió el cirio que llevaban nuestros padrinos (o que llevábamos nosotros mismos, si nos bautizamos de mayores), para significar que nosotros recibíamos la luz de Jesús, la luz vencedora de la muerte. Por esto, cuando un cristiano muere, también se enciende en su despedida el cirio pascual, para recordar que aquella luz sigue encendida, más allá de este mundo, en la vida de Dios. Y el cuerpo muerto de aquel cristiano es también asperjado con el agua, para recordar el bautismo que lo hizo hijo de Dios, y que le da la vida que nunca termina.

Es cierto que muchos hombres y mujeres no han recibido este don del bautismo, y ello no significa que cuando mueren

Dios los tenga que rechazar. Dios es misericordioso con todo el mundo y tiene los brazos abiertos para todos. Pero los cristianos tenemos esta suerte: que Dios se nos ha acercado visiblemente a través del agua derramada sobre nosotros y nos ha hecho entrar en su familia, dándonos así la garantía de la vida para siempre.



EL CORAJE DE VIVIR

El mejor homenaje que podemos hacer a la persona querida que ha muerto, es continuar nosotros viviendo la vida con coraje.

Con ella hemos compartido muchas cosas importantes, mucha vida. Continuar esta vida, continuarla con ganas aunque a veces pueda ser muy difícil, continuarla poniendo el interés en lo que realmente vale la pena, como es el amor, el espíritu abierto y generoso, las ganas de ayudar a que todo el mundo pueda vivir con dignidad y felicidad... todo esto será la mejor manera de hacer que toda la vida que hemos vivido con la persona que ha muerto, siga presente en nosotros.

Y todo ello, claro está, vivido en la compañía de Dios, con la luz de Jesucristo. Dios está a nuestro lado, nos acompaña. Jesús nos muestra un camino, una forma de vida, una confianza y una esperanza que no quedan destruidas por la muerte. No debemos tener miedo a buscar su refugio, no debemos tener miedo de buscar su mano amorosa para que nos guíe. Aunque a veces parezca que no está. Como dicen unas palabras que leemos en el Antiguo Testamento: “Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor”.



LA ORACIÓN

Esta compañía de Dios la vivimos en la oración. Oración para compartir con él nuestro dolor y nuestra tristeza, para recordar también todo lo que significó para nosotros aquella persona que hemos perdido, para buscar la fortaleza que necesitamos. Y oración por la persona querida que nos ha dejado, para pedirle a Dios que la llene de toda la alegría y toda la paz, que la acoja con todo su amor, que le perdone el mal que, a causa de la debilidad humana, haya podido hacer a lo largo de su vida.

Lo cierto es que Dios esto ya lo hace. No necesita que se lo pidamos. Dios quiere acoger a todo el mundo, y entiende mejor que nadie, sin duda mejor que nosotros, nuestras debilidades. Y sabe encontrar en todos sus hijos, tanto si han mantenido una fe firme y bien vivida, como si se han alejado de ella por el motivo que sea, como si han vivido una vida con confusiones e incertidumbres, la chispa de su amor. Pero aunque Dios no necesite que se lo pidamos, nosotros sí que necesitamos pedírselo, sí que necesitamos expresar a nuestro Padre Dios los mejores deseos y nuestra confianza en su bondad inagotable.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias
siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

En él brilla la esperanza
de nuestra feliz resurrección;
y así,
aunque la certeza de morir
nos entristece,
nos consuela la promesa
de la futura inmortalidad.
Porque la vida de los que en ti
creemos, Señor,
no termina, se transforma;
y, al deshacerse
nuestra morada terrenal,
adquirimos
una mansión eterna en el cielo.

(Prefacio de la misa de Difuntos)



Centre de Pastoral Litúrgica
C/ Rivadeneyra, 6, 7. 08002 Barcelona
☎ 933 022 235 ☎ 933 184 218
✉ cpl@cpl.es / www.cpl.es



Generalitat de Catalunya
Departament de la Vicepresidència

www.gencat.cat/vicepresidencia/afersreligiosos